

Recordar, compartir, aprender

Castellón

Teresa Sebastián Granel, 87

María Diciembre Sanahuja, 19

NOTAS DE MUSICALIDAD

Cualquier día empieza todo, un día el sol sale, el mundo se despierta, y todo sigue su curso, la humanidad entera gira, los años, las vidas, los sueños. Y un día de esos es nuestro, un día es tu día, y naces.

Teresa nació el 17 de mayo de 1920 en Castellón, un día de imponente sol y rodeado de un halo de energía que la ha acompañado toda su vida. Su padre trabajaba en una hidroeléctrica y en un cine, su madre, siempre cariñosa con ella y sus hermanos. Tuvo una infancia feliz, creció como cualquier niña de la época, una niña risueña, bonita, y cantarina, inteligente y espabilada.

Pasó de colegio en colegio, y en todos encontró algo común, la música. Hoy recuerdos y recuerdos divagan por su cabeza. Como aquel de cuando era pequeña, una profesora de la que hoy aún guarda un recuerdo totalmente amable, le alimentaba a la hora del recreo con leche y tostadas de mantequilla, ya que Teresa era una niña muy delgadita. Recuerdos de recitales de poemas subida en un cajón, recuerdos de recreo, de juegos en la calle, de compañeras, de saltos, de risas. Siempre con su lazo gigante en la cabeza. De coro en coro aprendió mil canciones, que cantaba en su casa hasta la saciedad y el cansancio de los suyos.

La guerra en su vida es un cúmulo de recuerdos grises, dolor, hambre, viendo morir a conocidos, viendo como su madre hacía lo imposible para darles de comer. Una experiencia de la que, en definitiva, sacó fuerza para no rendirse nunca ante nada.

Cuando fue más mayor, pasó del colegio a una academia a la que asistían chicos y chicas. Fue su padre el que deseó que fuera allí, ya que, tal y como le dijo, deseaba que encontrara un buen hombre para casarse con él. En esa academia ayudaba a los profesores con las clases de los más pequeños, y, guiada por uno de ellos, puede que encontrara su verdadera vocación, ser maestra. Pero la insistencia de su padre en encontrar un trabajo con el que ganar dinero, no lo hizo posible.

En esta academia conoció al que sería su marido. Comenzó poco a poco, primero como un compañero, luego como un amigo del grupo, y finalmente, como el hombre que le declararía su amor. Una bonita tarde decidieron casarse, y así fue. Tres hijos a los que adora nacieron de este amor. Un amor que se vio truncado por un cáncer, palabra que sigue asustando aun con los años. Sin su marido tuvo que aprender a valerse por sí misma, sacar adelante su casa, con una pequeña pensión y dinero facilitado por la familia, pero lo consigue, lo consigue día a día, gracias a ese halo de energía que le caracteriza.

Hoy en día Teresa es una mujer activa y en cierto modo independiente. Vive sola, y acude a un centro de día a jugar a las cartas, al bingo y a hacer amigos. Con la ayuda de sus hijos, y de sus cinco nietos, de los que, como todas las abuelas, está más que orgullosa. Enamorada del fútbol sabe perfectamente el partido que se jugó ayer y el que se jugará mañana. Siempre deseando que llegara la mínima ocasión para arrancarse y dar rienda suelta a su voz. Un voz que según ella era preciosa y que ahora está apagada. Una voz que, en realidad, permanece ahora más viva que nunca, llena de años, llena de vida, llena de ella.

Y este es el relato, no ya de una vida, si no de una idea. La idea de una buena continuidad, de un buen camino. De algo que cuando está bien hecho, y pase lo que pase, acaba bien. Recordar los buenos momentos sobre los malos, las sonrisas sobre las lágrimas, Los triunfos sobre las derrotas. Eso, sólo eso, nos hará llegar a esta edad, volver la vista atrás y ver que en el fondo, qué es la vida sino una hermosa canción, con mil estrofas, estribillos, y eso si, un sólo corazón.

Por eso Teresa, hoy, a los 87 años, no borra de su rostro la sonrisa, no aparta de sus ojos la energía, y no cesa en su garganta la musicalidad.



Recordar, compartir, aprender

historia periodístico